



A METERLE CAÑA

17

STEFANÍA «TEFA» MAGGIOLINI FOI

Entrenadora profesional de fútbol (Montevideo, 1986)

**ILUSTRADO POR
CECILIA RODRÍGUEZ ODDONE**

PRESENTADO POR TANIA TABÁREZ (PERIODISTA)

Hay momentos en la vida que juegan a ser bisagras, esas situaciones en que el horizonte se parte en dos caminos y una tiene claro que para el corazón solo hay una opción.

El próximo cuento nos deja espiar ese momento bisagra en la historia de Tefa, pero también nos lleva a los de todos aquellos que eligen un futuro que indefectiblemente implica abandonar los puertos seguros: la familia, el barrio, los amigos.

Un día la vida dice que los sueños acuñados durante cientos de noches pueden cumplirse, pero lejos de casa.

Tefa lo cuenta desde afuera, juega a ser otra que ve desde lejos —en distancia y en tiempo— quizás porque a los 18 años se hace demasiado fuerte relatar el preciso momento en que te está cambiando la vida.

Desde allí logra reconocer la sensación de incredulidad en el momento de la despedida, para luego llevarnos a descubrir juntos los primeros pasos en su nuevo escenario: la ciudad, su club deportivo, los dirigentes, los entrenadores y obviamente sus compañeras de equipo. En este punto, la historia nos regala un guiño, una suerte de apertura a otras bisagras posibles por el

origen —también desde distintos puntos del planeta— de esas jugadoras.

Tefa nos muestra su viaje más personal. Ese que emprendió desde el ser y sentirse parte de un lugar, de su historia y de su gente, hacia un ser y sentirse parte de una victoria de su equipo de fútbol.

Gol, gol, golazo tu vida, Tefa. Gol, gol, golazo para nosotros espiar tu bisagra en este cuento.

— ¿Vamos yendo? — preguntó el papá, mientras Tefa se desplazaba por las escaleras de la casa como si fuera una lateral carrilera sorprendiendo en el ataque.

No quería olvidarse de nada.

Recibió afecto de sus mascotas, un perro y una gata, antes de abandonar la casa donde nació, en un barrio tranquilo a pasos de la costa y del gran estadio Centenario, a donde solían llevarla casi todos los fines de semana a mirar fútbol. Se despidió de todas las personas que con cariño siempre la animaron a cumplir su ambición. Emprendía su primer objetivo internacional como futbolista, su sueño de niña: jugar al fútbol en un club en el exterior. Quería crecer, aprender de todo aquello que todavía no era.

— Sí, vamos, ya estoy pronta — respondió Tefa, con ímpetu y con melancolía.

Cargó el equipaje en el auto y todos partieron rumbo al aeropuerto.

Tefa dejaba atrás la escuela de fútbol de la calle, la verdadera formación, donde la gurisada imagina, crea y descubre habilidades que luego se construyen con autonomía.

Con su madre, su padre, las abuelas, los abuelos, el hermano y las tías, entre muchos abrazos y alguna lágrima se dijeron «hasta pronto». Mientras ella embarcaba por la puerta principal, a los demás se les inundaba el alma de tristeza.

Era la primera vez que Tefa volaba del nido.

Salía con ganas de reinventarse, de vivir experiencias nuevas, de conocer gente y de descubrir todo lo que había ahí afuera esperándola. Nuevas culturas, estilos de vida y formas de proceder distintas a las que estaba acostumbrada. Una aventura que anhelaba desde que se definió como futbolista a los 14 años, cuando pisó por primera vez una cancha.

Esas ganas son el motor del cambio.

Tenía 18 años y había fichado para un club catalán ascendido a la Primera División Española de Fútbol Femenino: UE L'Estartit, club de fútbol compuesto únicamente por equipos de mujeres con categorías infantil, juvenil, cadete, segunda, senior y primera.

L'Estartit es un pueblo de la provincia de Girona en Cataluña, España, a 180 kilómetros al norte de Barcelona y 50 al sur de Francia. Tefa representaría a una comunidad de 1.200 personas que había conseguido el ascenso a la élite del fútbol practicado por mujeres en España, jugando la difícil promoción a primera. Era la primera vez que un club de pueblo subía a la Superliga Femenina.

Le impactó saber que un club de fútbol había decidido apostar únicamente por las mujeres, al punto que eliminó los equipos de varones de la institución. Algo único en el fútbol español y, seguramente, en Europa. Una decisión que significó un cambio sustancial, no solo en la estructura sino también en la mentalidad del club y de una parte de la sociedad de Girona.

Nunca se había visto el efecto de una discriminación positiva en el deporte. Fue precisamente esta decisión del club la que le abrió nuevas oportunidades, nuevas subvenciones por equilibrio de género y por especializarse en el deporte femenino.

Tefa aterrizó en el aeropuerto de Barcelona. La estaban esperando dos directivos del club. Con calidez y amabilidad le dieron la bienvenida.

—Benvinguit.

Salieron por la autopista en dirección al norte y conversaron la hora y media de viaje.

L'Estartit era un crisol de nacionalidades. Era verano y la gente disfrutaba de la tranquilidad de las costas del mar. Lo primero que visitaron fue el estadio de fútbol, ubicado en la entrada del pueblo, con un fondo de montañas rocosas que hacen el lugar mucho más acogedor y pintoresco. El presidente del club, una persona muy linda, la recibió y lo invitó a conocer el lugar con el que Tefa ya se sentía comprometida profundamente, buscando la dulce satisfacción de su vida y de su trabajo. Maravillada con tanta información que iba recibiendo, luego de recorrer el lugar de punta a punta, fue a conocer a sus compañeras.

Las extranjeras fueron las primeras en presentarse. Entre ellas estaban Marigol, la mexicana; Patrick, de California; Saioa, la vasca; Carol y Raquelinha, las portuguesas, y Shei, de Cabo Verde. Habían preparado una cena para compartir charlas y experiencias hasta que Tefa se fue a descansar. Al otro día era su primer entrenamiento.

El club la había fichado para jugar de *pivot*, mediocampista. Tenía que aprender a eliminar gestos innecesarios que la hacían lenta y predecible: eso fue lo primero que le indicaron el entrenador y el equipo técnico.

—Tefa, control y pase. Menos traslado.

Unos quince días, antes del inicio de la Liga, le alcanzaron para aprender a jugar con su cabeza antes que con sus pies. Es importante tener la pelota, pero más importante es saber qué hacer con ella. Su adaptación fue tan rápida que con cada patada al balón tenía una idea.

Llegó el día del debut, nada más y nada menos que contra el poderoso Espanyol de Barcelona, el último campeón, con las mejores jugadoras y con un entrenador que hoy dirige al Tottenham FC en la Premier. El pueblo y su gente estaban volcados al equipo. Afiches, carteles y pancartas invitaban al campo municipal para alentar a las mujeres que harían historia en la comarca gironina. Era sábado. El partido empezaba a las tres de la tarde y sería televisado y relatado por radio. En el pequeño estadio había unas tres mil personas, incluidos turistas que pasaban el verano en la costa catalana. No cabía un alfiler. Gente parada rodeaba el campo. Niñas, niños, abuelos y abuelas alentaban.

Salió para hacer la entrada en calor y sintió una energía especial. Esas niñas con las camisetas del club le recordaron a una Tefa de 8 años que durante un cumpleaños en un predio de fútbol se escurrió a otra cancha a pelotear con un grupo de gurises que se divertían con la pequeña futbolista.

Se escuchaban gritos de aliento, como «Tefa, ¡a meterle caña!» y «¡vamos, uruguayaya!».

El equipo salió con confianza, decisión e ideas claras, con un juego combinado y algo de contraataques. A minutos del inicio, Tefa se tiró a barrer recuperando un balón en el medio del campo, como en las callecitas del barrio, dominando el tiempo, las pausas. Con una gambeta, la rival mordió el anzuelo y le permitió colocar un pase en profundidad dejando a Marigol sola frente a la arquera en zona de finalización.

Gol. Gol. Golazo.

UE L'Estartit 1-Espanyol 0.

La gente gritaba y aplaudía, pura emoción por el primer gol en la liga y en un clásico catalán. El partido continuó y el equipo sumó confianza en la defensa, comunicación, responsabilidad colectiva, cuidado y mucho orgullo. Controló el ataque del Espanyol. La goleadora, la número 9, Marigol,

encendida, se encargó del segundo gol, con un remate desde afuera del área.

Gol. Gol. Otro golazo.

Se fueron al descanso y las compañeras felicitaron a Tefa por el gran trabajo: ella lo hacía totalmente, no perfectamente.

Para el segundo tiempo, las rivales cambiaron las delanteras y salieron con fuerza. Marcaron el descuento en un descuido, a balón parado. Faltaba una eternidad y ambos equipos se sacaban chispas. Era una detrás de otra, un ida y vuelta con intensidad, nerviosismo. Hasta que UE L'Estartit cerró el partido con un contraataque, faltando diez para terminar.

Gol. Gol. Golazo.

El árbitro marcó el final y las jugadoras estallaron de felicidad. Entre abrazos y risas se reunieron para disfrutar de los primeros tres puntos. La gente salió en caravana. Era una fiesta, una lluvia de alegría inundó las calles.

Tefa fue una de las destacadas. Estaba muy satisfecha por su rendimiento y grata con sus acciones, que fueron útiles para el equipo. Aprendió que en la competición hay tres batallas: la de la jugadora con su oponente directo, la del equipo y la personal con una misma.

Fue uno de esos momentos en los que el aprendizaje decanta. El fútbol es creatividad, desafío, riesgo y rebeldía. La sonrisa perpetuada en el gesto de sus compañeras confirmó que, cuando estás rodeada de personas que comparten un compromiso apasionado con un propósito en común, todo es posible. Pasaría toda su adolescencia con ellas.

Montevideo quedaba a seis años.

En el vestuario pensó en la amistad.